

Mario Vargas Llosa: Esperando un sueño distinto

Por José Manuel Simián

[Publicado en *Pie Derecho*, diciembre de 2010]

NI EL TEMOR REVERENCIAL a mi editor fue suficiente para impulsarme hasta el final de *El sueño del celta*. Siempre hubo algo más urgente o más interesante que leer. Y esta confesión no nace de la vergüenza o la honestidad, sino de cierto dolor.

Mario Vargas Llosa fue el primero de los escritores vivos que idolatré, y también quien me mostró antes que nadie y con la mayor claridad posible las sorprendentes posibilidades de la narrativa. Todavía recuerdo la emoción de descubrir que se podía escribir musicalmente al intercalar narración y diálogos en *Los cachorros*; que se podían combinar emoción y risa, ficción y memoria, relato y meta relato, en *La Tía Julia y el Escribidor*; y que se podía escribir en cuatro estilos distintos dentro de un mismo libro mientras se paseaba por el infierno, gracias a *Conversación en La Catedral*.

Y aquí insisto: jamás olvidaré las tardes de un verano adolescente en que leía *Conversación* hasta que me dolía la cabeza, asombrado y estremecido, sintiendo que me hacía un poco más grande mientras me acercaba hacia la página final. Pero nada de esa magia encontré en *El sueño del celta*.

Sí, seguro que cuando uno logró escalar la montaña más alta quiere hacer algo distinto y no repetirse. Y seguro que habrá algo que me estoy perdiendo en esta novela tan correcta, estructurada y aburrida. (A Vargas Llosa lo benefician todas las dudas). Pero mientras el escritor siga vivo, seguiré esperando sorpresas como las que esconden los límites infinitos de sus obras primeras.

* * *